

# **EL CAUTIVO, DEL QUIJOTE Y EL AMANTE LIBERAL. EN TORNO A UNA MANIPULACIÓN DE AMÉRICO CASTRO**

JUAN MANUEL VILLANUEVA<sup>1</sup>

*RESUMEN: Américo Castro manipula y falsifica la letra y el espíritu de fragmentos fundamentales de El cautivo y El amante liberal. Frente a la ingenuidad que atribuye a las Novelas ejemplares, distintos autores encuentran significados diversos y contrastados en ellas; en particular, en El amante liberal. Se expone la teoría de que la posibilidad y/o realización del «matrimonio cristiano» puede ser la clave de la ejemplaridad de las Novelas ejemplares, «de todas juntas como de cada una de por sí».*

*PALABRAS CLAVE: Américo Castro, manipulación, El cautivo, El amante liberal, «matrimonio cristiano», clave ejemplaridad Novelas ejemplares.*

## **El cautivo, from Quijote and El amante liberal. About a manipulation used by Américo Castro**

*ABSTRACT: Américo Castro manipulates and falsifies the writing and the core of essential fragments of El cautivo and El amante liberal. In contrast with the naivety which he identifies in the Novelas ejemplares, a number of authors find in them different and opposing meanings; especially in El amante liberal. It has been theorized that the possibility and/or accomplishment of the «Christian marriage» could constitute the key of the exemplary nature of the Novelas ejemplares when they are considered both as a whole and by themselves.*

*KEY WORDS: Américo Castro, manipulation, El cautivo, El amante liberal, «Christian marriage», exemplary nature, Novelas ejemplares.*

---

<sup>1</sup> Profesor en la UNED. Email: [juan.manuel.villanueva@hotmail.com](mailto:juan.manuel.villanueva@hotmail.com)

Nuestra pretensión inicial fue estudiar, ya que se trataba de introducirnos en las *Novelas Ejemplares*, las coincidencias y diferencias entre la novela de *El cautivo*, inserta en la Primera Parte de *El Quijote*, y la ejemplar *El amante liberal*, obra con la que, al menos a simple vista, ofrece innegables paralelismos. Esta era una de las arrumbadas en el rincón del olvido porque, desde los estudios universitarios, se nos había inculcado que formaba parte de las «italianizantes»; en el sentir de entonces, se traducía como obras «idealistas», poco aprovechables para el conocimiento del hombre, a partir del pensamiento de Cervantes, frente a, por ejemplo, *Rinconete y Cortadillo*.

Aumentó nuestra sorpresa al comprobar que, al desear conocer el pensamiento de Américo Castro acerca de *El amante liberal*, ni siquiera la había estudiado; lo que no le impidió su uso indiscriminado, y el de las restantes, siempre que apoyaran sus planteamientos fundamentales; por el contrario, cualquier documento contrario a tales planteamientos, no lo rechaza argumentando con documentos o razonamientos propios o ajenos; simplemente soslaya su existencia y, en su lugar, reiteramos, aprovecha los fragmentos oportunos, cuidadosamente seleccionados, para confirmar sus teorías. Eso hace con *El amante liberal*; mejor dicho, esa fue nuestra percepción primera. Conscientes, no obstante, de que las simples intuiciones no bastan para defender una exposición intelectual —sobre todo, para sostener una postura contraria—, profundizamos en detalle, contrastando asertos castristas con los textos originales. Las conclusiones, asombrosas, resultaba difícil asumir las, por mucho que confirmaran sospechas precedentes<sup>2</sup>; y es que el autor de *El pensamiento de Cervantes* saca de contexto fragmentos determinados o, incluso, falsifica directamente el sentido del texto.

He aquí una parte reducida, con su crítica correspondiente, de esas lecturas parciales y falsificaciones.

Como punto de partida, buscando el objetivo del novelista en cada pieza, percibimos una radical diferencia entre ellas: en la de *El cautivo*, el argumento gira alrededor de una mora, hija de un musulmán rico y poderoso, la cual, por la formación que le inculcó una esclava cristiana en la infancia, anhela vivir su cristianismo, trasladándose a tierra donde practicarlo; para conseguirlo, proyecta y, en su momento, lo propone al elegido, casarse con el caballero cristiano que más la ha impresionado; pero deja claro, desde la primera misiva, que su propuesta matrimonial a ese caballero ocupa un indefinido plano secundario. *El amante liberal*, en cambio, se proyecta en una doble dirección: primero, en el amor arrebatador y obsesivo de un siciliano hacia una joven que prefiere a otro pretendiente, más rico —posteriormente ella aclara, al interesado, que su inicial rechazo radicaba en la presunción

---

<sup>2</sup> Véase el comienzo de Villanueva (2012), 41-42.

de Ricardo—<sup>3</sup>, y, segundo, en las peripecias que padece, incluso creyéndola muerta, hasta que, tras el reencuentro, ambos tornan a tierra cristiana, donde sólo entonces el amante mostrará la verdadera liberalidad y su aplicación, reconociendo el exclusivo derecho de la joven a elegir al hombre a quien entregar su amor y con quien compartir su vida.

No tardamos mucho tiempo en comprender que las diferencias sobrepasaban las coincidencias; pues, aplicándolo a *El cautivo*, podemos compartir lo que Avalle-Arce escribía, refiriéndose a otra novella ejemplar:

no hay que ser muy lince para ver que cada punto de parecido entre ambos argumentos [los de *La española inglesa* y *El amante liberal*] está empotrado en un mundo de diferencias. Porque la verdad sustancial es que Cervantes nunca volvió al mismo tema con intenciones de repetirlo y repetirse, sino, muy al contrario, con las intenciones de irisarlo en un juego de cambiantes perspectivas. *Eadem sed aliter* bien podría ser el lema del arte narrativo cervantino en algunas de sus más destacadas zonas (Avalle-Arce, 1992, II, 8).

La historia militar y como galeote en barcos turcos ocupa la primera parte de *El cautivo*; proliferan los hechos y personajes relevantes de la realidad histórica contemporánea; todo lo parcial que se quiera, por cuanto describe, con inevitables recursos imaginativos, acontecimientos reales, en su mayoría tristes para España, sucedidos en las aguas y tierras del mar Mediterráneo; pero hechos históricos, al fin<sup>4</sup>. Una vez llegado a Argel, y encerrado en el baño que había junto a la casa de Agi Morato, la peripecia del capitán cautivo se centra en planificar la huida, a partir de la propuesta de Zoraida, la hermosa mora, cristiana de corazón y deseosa de poder vivir su religión en libertad.

La relación autobiográfica de Ricardo al renegado Mahamut, en *El amante liberal*, describe con negras tintas la separación del protagonista y su amada que, recalquémoslo, ha preferido a otro pretendiente. Esa descripción incluye una serie de naufragios y peripecias marítimas que convencen al siciliano de que la hermosa Leonisa había muerto. Tras descubrirla viva, más la posterior anagnórisis de Mario-Ricardo por la joven, la narración insiste en cómo recobran la libertad y regresan a la patria chica. Prescinde,

---

<sup>3</sup> «Conténtate con que he dicho que no me dará, como solía, fastidio tu vista, porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumías de ti algo más de lo que debías. Confieso también que me engañaba, y que podría ser que hacer ahora la experiencia me pusiese la verdad delante de los ojos el desengaño; y, estando desengañada, fuese, con ser honesta, más humana.»

<sup>4</sup> La novelita deja un claro testimonio de que la excepcional victoria de Lepanto de la Liga cristiana contra los otomanos no fue aprovechada por la cristiandad; el mismo hecho de que se deshiciera tan rápidamente impidió recoger los frutos esperables. Ver Clemencín, nota 31 de Primera Parte, capítulo XXXIX, p. 1369.

pues, por completo de datos históricos —similares a los incluidos en *El cautivo*—, por mucho que la lectura nos convence de que quien la ha realizado conoce de primera mano cautiverio y costumbres musulmanas. Debemos añadir, además, otra diferencia fundamental desde la perspectiva narrativa: que el renegado Mahamut —decidido a retornar al seno de la Iglesia—, en varios aspectos importantes es el verdadero motor de la acción.

Sintetizando nuestras primeras reflexiones, concluimos que las coincidencias entre *El cautivo* y *El amante liberal* se limitan al hecho del cautiverio; añadía, la primera, un componente religioso muy intenso, inexistente en la segunda, excepto si consideramos que habrá dos «matrimonios cristianos» al final, el segundo tras la reconciliación de los renegados con la Iglesia; y, frente al protagonismo español-mora de *El cautivo*, en *El amante*, se trata de dos italianos; y en ambas los complementan, respectivamente, uno y dos renegados, muestra de las típicas variaciones cervantinas.

Por otra parte, estaba el tema de la ejemplaridad, tan cantada por el autor en su prólogo y tan puesta en tela de juicio por numerosos estudiosos. Nos sentimos obligados, por salud intelectual, a consultar el artículo de Américo Castro: *La ejemplaridad de las novelas ejemplares*<sup>5</sup>.

Lo hicimos en la doble versión —la definitiva, una cuarta parte más amplia que la original, con unos párrafos que ni una sola vez se refieren ni citan, en global o individualmente, las novelas ejemplares— ninguna de las cuales justifica su título, pues:

- no cita ni una sola vez *La ilustre fregona*, *El licenciado Vidriera* ni *El casamiento engañoso*.
- a la mayoría de las restantes las enumera en este fragmento:

«El escritor violento y desmandado, que zarandeaba entre sarcasmos la memoria del desmayado monarca, compone ahora los pliegues de su manto ante los cardenales y grandes señores que le distinguen con su estima. El escritor rebelde se hace, en cierto modo, un mesurado conservador.

La mutación de perspectiva dio origen a algunas de esas novelitas, ingenuas<sup>6</sup>, abstractamente calificadas de italianizantes (*Las dos doncellas*, *El amante liberal*, *La señora Cornelia*, *La española inglesa*, *La fuerza de la sangre*), e incluso *Persiles* y *Segismunda* (*sic*), obras de las cuales se hablaría mucho menos si su autor no hubiera compuesto el *Quijote*, *El celoso extremeño*, *Rinconete* y *El coloquio de los perros*», p. 682.

- por último, cita más de una vez<sup>7</sup>. *La gitanilla* (2 veces), *El celoso extremeño*, *El coloquio de los perros* (2 veces), y *Rinconete* y *Cortadillo*.

<sup>5</sup> NRFH III/4 (1948), recogido en *Obra reunida*, uno, pp. 671-687.

<sup>6</sup> La simple lectura de este calificativo nos evocó el periclitado «ingenio lego», justamente criticado, del genio creador del *Quijote*.

<sup>7</sup> No valoramos estas citas en cuanto a su relación con el título del artículo.

Con tal acervo documental, las conclusiones no parece que puedan ser intelectualmente convincentes<sup>8</sup>.

A partir, pues, del pensamiento de Castro, afrontamos el estudio de *El amante liberal*. Y una duda nos sobresaltaba. ¿Es posible que Cervantes, por el prurito de escribir novelas italianizantes, se olvidara, al redactarlas, de su concepción del hombre y de la vida, de los sufrimientos de su cautiverio y de los padecimientos de su vida cotidiana? Muchos piensan así; he aquí un ejemplo:

«Todos, en fin, quedaron contentos, libres y satisfechos...». Con esta recapitulación formulista concluye *El amante liberal*, la más artificiosa y, en la actualidad, la menos apreciada de las *Novelas ejemplares*, de Cervantes<sup>9</sup>.

Pese a ello, tanto si hablamos de las *Novelas ejemplares*, en general, como si lo hacemos particularmente, los autores desvelan, por aquí y por allá, según su perspectiva, rasgos valiosos y originales que, andando el tiempo, se le reconocen a la novelita. Por ejemplo, Stanislav Zimic, a mediados de los años sesenta del pasado siglo:

«En *El amante liberal* el recuerdo de los sufrimientos del cautiverio sólo entra como un eco distante, casi inaudible. El ambiente admite comparación con el de *Las mil y una noches*. No es que falten moros brutales y pobres cautivos; éstos, en efecto, son los protagonistas, pero ya no interesan como representantes de un conflicto político-religioso. Sirven más bien de adecuado marco para *las peripecias de Ricardo y Leonisa y su desacuerdo personal* (Énfasis nuestro)<sup>10</sup>.

Por lo tanto, no extraña que el teatro de la acción sea Chipre y no Argel, y que los amantes cautivos sean sicilianos.

Lo que principalmente interesa en *El amante liberal* son las situaciones peligrosas, a que se ve expuesta la codiciada y virtuosa Leonisa: el amor desinteresado de Ricardo y sus estratagemas para salvar a su amada de los amos turcos, los viajes y naufragios, que Cervantes describe admirablemente. En suma, *El amante liberal* interesa por las mismas razones que interesan las novelas griegas<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> Del artículo de GÜNTERT (2007), 219-228, cabe decir algo similar —sólo cita *La española inglesa* en nota, p. 224—; se limita a una exclusiva reflexión teórica del prólogo cervantino.

<sup>9</sup> DÍAZ MIGOYO (1987), 129.

<sup>10</sup> Huelga entrar en señalar la bibliografía de los autores que insisten en los amores de Ricardo y Leonisa, comenzando por Américo Castro. Pero sí dejaremos claro, de una vez y para no reincidir, que yerran las interpretaciones que toman este punto de partida de los amores de los jóvenes, pues son ajenos esencialmente a la narración.

<sup>11</sup> No es el momento de entrar en el comentario-crítica de este párrafo; se descubre con facilidad que, vencido por el interés de señalar las relaciones con la novela

La analogía de estos ingredientes no es de ninguna manera accidental, pues es evidente que para escribir esta obra, Cervantes se regaló con las aventuras de *Leucipe y Clitofonte* más que nunca»<sup>12</sup>.

Para Zimic, las fuentes utilizadas por Cervantes en sus novelas llevan a una conclusión: el Manco de Lepanto toma las fuentes y las relaciona directamente con la realidad social de su tiempo; crea personajes más complejos; con todo ello nos hace tomar conciencia —por ejemplo, si hablamos de *Rinconete y Cortadillo*— de la corrupción social que representan o, en el caso de otras piezas, añadimos nosotros, si es posible descubrir que otros protagonistas de las acciones noveladas denuncian similares situaciones sociales u otra variedad de podredumbre.

En esta búsqueda de explicación convincente, cada autor aporta su grano de arena para responder a cuestiones que se resisten, porque los viajes no resuelven todo. Y así, J. B. Avalle-Arce, defendiendo su lectura alegórico-moral, afirma que «el lector debe caer en la cuenta de que el tropel de aventuras siniestras vela discretamente su sentido alegórico, que es la cadena de trabajos que debe padecer la pareja antes de llegar al matrimonio cristiano»<sup>13</sup>. Y en la misma línea alegórica interpreta Casaldueiro la superación del verdadero cautiverio —ser esclavo de los particulares vicios y pasiones—, como manifiesta al final, típica doctrina católico-tridentina, venciénzose a sí mismo y proclamando el pleno derecho de Leonisa a elegir libremente...<sup>14</sup>.

Estos comentarios e interpretaciones, aun siendo discutibles —otros estudiosos desvelan fallas parciales en la argumentación—, indirectamente, al menos, concuerdan en disentir de Américo Castro, al no considerarlas «ingenuas». Veamos, como ejemplo, estas líneas de Díaz Migoyo respecto a Ricardo, de *El amante liberal*:

---

bizantina, el profesor Zimic expone unos hechos alejados por completo de *El amante liberal*; baste una muestra: «el amor desinteresado de Ricardo».

<sup>12</sup> ZIMIC (1964), 380.

<sup>13</sup> Introducción a las *Novelas ejemplares*, I, p. 32.

<sup>14</sup> *Sentido y forma de las novelas ejemplares*, pp. 91-92. Como en otras interpretaciones de su estudio, en nuestra reiterada opinión, se yerra al atribuir a la Contrarreforma (Concilio de Trento, finalizado en 1563), lo que corresponde a hechos y escritos de fechas anteriores en varias décadas; en concreto, lo de vencerse a sí mismo lo introduce Ignacio de Loyola, inmediatamente después de las veinte «Annotaciones», como 'Título [21] Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección extraña que desordenada sea'. Por otra parte, no lo olvidemos, el dominio de sí mismo constituye uno de los principios éticos del aristotelismo y de los estoicos. También el pensamiento cristiano lo defiende como algo esencial para adelantar en la virtud; de ahí que, sin contextualizarlo, considerarlo un principio de la doctrina católico-tridentina parece una exageración.

En efecto, la antonomástica liberalidad del amante no es sino una ficción irónica, la ironía misma: un enunciado aparentemente aceptable, pero realmente inaceptable. En vez de liberalidad es un simulacro de liberalidad; en vez de dar hace como si diera. No sólo porque no pueda dar lo que no tiene, como él dice —cuestión pragmática concebiblemente contraria—, sino porque, le falta por decir, no es posible que nadie pueda demostrarse liberal de aquello que sigue deseando imposibilidad, esta vez, lógica, situación materialmente inconcebible, cuya existencia sólo puede ser verbal<sup>15</sup>.

Aseveración, esta última, discutible —en numerosos casos, radicalmente falsa—, por supuesto, en cuya discusión no entraremos<sup>16</sup>. Aparte esto, incluso, nos asalta una pregunta esencial: ¿es que no hay más personajes? ¿Es que el idealismo o la calificación de «italianizante» concedida por los críticos anula cualquier otro análisis? Y otro interrogante más sibilino, si cabe: ¿Por qué Cervantes concede el protagonismo a dos sicilianos en lugar de hacerlos españoles?

Ante las dificultades de cómo asaltar tan difícil —«no, infranqueable»— fortaleza, se nos ocurrió volver a *El pensamiento de Cervantes*. Al fin y al cabo, había sido Américo Castro quien afirmó que las novelas italianizantes no merecían atención. Y nos preguntábamos: si carecen de mérito y sólo se leen porque su autor es el del *Quijote*, ¿por qué Castro las cita en su libro? En concreto, *El amante liberal*, cinco veces. Interesaría tratar con detenimiento las cinco; por desgracia, la limitación de espacio sólo posibilitará la 3ª, que incluye *El amante liberal* y *El cautivo*<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> *Art. cit.*, p. 147.

<sup>16</sup> Incluso aceptando el matiz explícito de «materialmente inconcebible», la vida y el teatro de los siglos XVI y XVII, ofrecen numerosos ejemplos en contra: Juan de Yepes vende sus bienes y los reparte entre los pobres, Juan de Dios abandona el mundo para cuidar a los enfermos... En el teatro, el vasallo renuncia a la mujer amada, a la que tiene derecho —*La rueda de la Fortuna*, de Mira de Amescua— para que se case con el rey-emperador...

<sup>17</sup> En la primera, p. 87, Cervantes —narrador omnisciente— afirma: «Propia condición de afligidos que, llevados de sus imaginaciones, hacen y dicen cosas ajenas a toda razón y buen juicio»; se trata de una frase que nos recuerda mucho la «Canción desesperada», de Grisóstomo. La cita de la p. 129 se cuenta entre los comentarios cervantinos acerca de la mujer. Entre las pp. 190-191 —cita 4ª— Américo Castro explica la forma de juzgar el cadí como una alabanza de la justicia natural; por nuestra parte, tal juicio lo consideramos radicalmente erróneo. Y el mismo juicio nos merece la nota 57, de las pp. 312-313, respecto a que Cervantes defendía el matrimonio libre de los amantes, frente a la rigidez tridentina, con sus exigencias. Este episodio lo tratamos ampliamente en el Congreso de la Asociación cervantina 25-27/09/2013, en nuestra argumentación para interpretar la novela *El amante liberal* como complementaria de las ideas del episodio de Marcela y Grisóstomo.

En *Persiles* (659 b), Isabela Castrucho se finge endemoniada, y, gracias a esta treta, logra casarse con Andrea Marulo. En *El amante liberal*, Ricardo y Leonisa salvan inverosímiles obstáculos hasta poder lograr el triunfo de su amor; junto a ellos fracasan y pierden la vida, según la consabida fórmula, Alí, Hazán y el Cadi, que torpemente aspiraban al goce de Leonisa.

La historia del cautivo, inserta en el *Quijote*, es asimismo ejemplo de cómo se cumple el proceso de armonía entre dos seres concordados. La diferencia de religión en Zoraida añade un matiz dramático al bellissimo relato; quiere ella hacerse cristiana, pero a través del amor del caballero cautivo «Muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno de ellos me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha..., mira tú si puedes hacer cómo nos vamos y serás allá mi marido». La primera vez que el cristiano ve a la mora, cree tener ante sí «una deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto y para mi remedio». Cuando se despiden, «ella, arrancándosele el alma al parecer, se fue con su padre» (I, 41) Amor y religión (esta como envoltura de aquel) llevan a Zoraida tras su cautivo, con violencia no igualada por ningún otro episodio cervantino. La bella argelina pudo marcharse sin otros incidentes, pero Cervantes hace intervenir al padre, arrebatado en la huida de los cristianos y abandonado luego por los fugitivos. Quizá no hay más trágico momento en el *Quijote*. El anciano clama, maldice, ruega, suplica, arrastrando su miseria por la playa solitaria: «¡Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono!» (I, 41) Pero se yerguen sus brazos contra lo ineluctable, su triste figura nos descubre abismos de lo humano, la lejana perspectiva de un destino inexorable. El pesimismo cervantino se refleja en este dolor irremediable, tan siniestro como el del mal aventurado niño azotado por Juan Haldudo, labrador del Quintanar.

Dedicaremos nuestras observaciones, en primer lugar, a *El amante liberal*; y después, a *El cautivo*.

## I. *EL AMANTE LIBERAL*

Cualquier persona que haya leído *El amante liberal* sabe que la aseveración de Castro, respecto al triunfo del amor de Ricardo y Leonisa, es completamente falsa —expresarse con atenuaciones expresivas en estas circunstancias sería condescender con graves e injustificadas manipulaciones que sólo conducen a la incomprensión de los textos y a caprichos de voluntarismo ajenos a la objetividad—. La joven y hermosa interesada explica, a su pretendiente, la causa de su inicial rechazo: «porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumías de tí algo más de lo que debías». En medio de las dificultades del cautiverio, mantiene la misma oposición<sup>18</sup>. Y, en cumplimiento de aquella firmeza, una

<sup>18</sup> He aquí el fragmento: «El hablarnos será fácil y a mí será de grandísimo gusto el hacello, con presupuesto que jamás me has de tratar cosa que a tu declarada pretensión pertenezca, que en la hora que tal hicieres, en la misma me despediré de



vez libre del cautiverio en terreno patrio, sus palabras ratifican la sumisión de su voluntad a la paterna; más aún, tan convencido está Ricardo de que los sentimientos de la amada tienden hacia su opositor, que se la entrega; momento en que, por fin, consciente de su error y del exclusivo derecho de Leonisa a decidir con libertad, reconoce públicamente ese derecho, lo que lo convierte, sólo entonces, en «amante liberal»<sup>19</sup>; y que, a la postre, le consigue la mano de su amada, ya que esta libremente proclama, por primera y única vez, su preferencia por él.

## II. *EL CAUTIVO*

En *El cautivo*, una de las discutidas novelitas insertas en la primera parte del *Quijote*, al menos en este fragmento citado, se cebó la capacidad manipuladora y falsificadora de don Américo para hacer que las cosas fueran —acaso, por sus seguidores, sería preferible decir «sean»— como a él le gustaba; casi está justificado afirmar que cualquier parecido con el significado del texto es pura coincidencia.

El estudioso se siente atado de manos por hablar de algo molesto: contradecir un pensamiento ajeno, en lugar de describir, según su capacidad, la motivación y explicación de la belleza contemplada, no es agradable. Pero se trata de un personaje al que más las circunstancias cronológicas que la seriedad de sus trabajos han colocado en un lugar de privilegio inmerecido. Todavía hay quien afirma que, al hablar de Cervantes y el Quijote, es imprescindible contar con Américo Castro. Será necesario, pues, desenmascararlo y denunciar sus conscientes, injustificables y condenables supercherías. Por fortuna, aunque recalitrantes castristas lo soslayan y silencien, Eugenio Asensio, con firme sabiduría, delimitó el alcance de *España en su historia* y de *La realidad histórica de España*; le bastó el reducido volumen *La*

---

verte, porque no quiero que pienses que es de tan pocos quilates mi valor, que ha de hacer con él la cautividad lo que la libertad no pudo: como el oro tengo de ser, con el favor del cielo, que mientras más se acrisola, queda con más pureza y más limpio». La suavidad de las palabras siguientes, «Conténtate con que he dicho que no me dará, como solía, fastidio tu vista», no disminuye la radical postura enunciada con anterioridad respecto al amor de Ricardo.

<sup>19</sup> La liberalidad de Ricardo tiene tres grados: 1. De sus bienes materiales, para que la amada recobre la libertad perdida. 2. Del sentimiento: renuncia al propio y se la entrega al que siempre ha considerado su contrincante respecto al amor de Leonisa, y que ella había preferido. 3. La auténtica, al proclamar a Leonisa, tras ser consciente de que no tiene potestad para ser liberal con lo señalado en el apartado anterior, libre para elegir libremente. La joven reiterará la sumisión a la voluntad de sus padres; pero esto ya es un apartado distinto al exclusivo del «amante liberal».

*España imaginada de Américo Castro*. Por lo que a nosotros respecta, aun careciendo de la ansiada sabiduría, nos atrevemos, sin embargo, a afirmar ya que el rimbombante título de *El pensamiento de Cervantes* y el volumen de *Hacia Cervantes*, bien merecen subtitularse *El Cervantes que nunca existió*.

El anticatolicismo —no sería correcto el término «antirreligiosa», pues se muestra mucho más condescendiente con moros, judíos y herejes—, en el párrafo que nos ocupa —recalcamos, en el párrafo que nos ocupa—, le lleva a falsificar el texto cervantino, para concluir lo opuesto a lo que dice el autor. Desmenucémoslo para justificar nuestros asertos<sup>20</sup>.

1. «La diferencia de religión en Zoraida añade un matiz dramático al bellísimo relato».

No existe tal diferencia de religión, pues, según reitera en múltiples ocasiones, la joven es y se considera cristiana<sup>21</sup>. Desea ir a tierra de cristianos para vivir ese cristianismo libremente. De hecho, cuando Agi Morato manifiesta su extrañeza a Zoraida, por verla arreglada y con el cofrecillo de sus joyas, el renegado le responde, impidiendo que lo haga la hija:

—No te canses, señor, en preguntar a Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré a todas: y, así, quiero que sepas que ella es cristiana y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio; ella va aquí de su voluntad, tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado como el que sale de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida y de la pena a la gloria.

—¿Es verdad lo que este dice, hija?—dijo el moro.

—Así es Crespondió Zoraida.

—¿Que en efeto —replicó el viejo— tú eres cristiana y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos?

A lo cual respondió Zoraida:

—La que es cristiana yo soy, pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió a dejarte ni a hacerte mal, sino a hacerme a mí bien.

—¿Y qué bien es el que te has hecho, hija?

—Eso —respondió ella— pregúntaselo tú a Lela Marién, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo.

2. «Quiere ella hacerse cristiana, pero a través del amor del caballero cautivo ‘Muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno de ellos me

<sup>20</sup> Durante nuestros estudios universitarios y la preparación de las oposiciones a cátedras, no exagero al afirmar que, para la mayoría de los investigadores, la última palabra en los estudios cervantinos era la de Américo Castro. Escribía Avalle-Arce en 1957: «Don Américo Castro, de quien deben partir todas las indagaciones cervantinas, y muchas más», *NRFH*, vol 11.2, p. 193.

<sup>21</sup> Véase, en el capítulo XXXVII, poco después de llegar el cautivo con Zoraida, el diálogo de las damas cristianas con el caballero.

ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha..., mira tú si puedes hacer cómo nos vamos y serás allá mi marido'».

Cuesta trabajo creer —la literalidad de sus palabras es irrefutable— que el cinismo del señor Castro llegara a esta manipulación-falsificación del contenido cervantino. Zoraida no quiere hacerse cristiana, porque ya lo es; en consecuencia, es imposible que lo intente a través del amor del caballero. Leyendo completo el texto, resulta muy difícil explicarnos la falsificadora reducción de palabras, puesto que afirma: «[...] y serás allí mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada; que Lela Marién me dará con quien me case». Esto necesariamente denuncia la consciente falsedad de Américo Castro, al atribuir, a la mora, su intención de hacerse cristiana a través del amor del caballero cristiano.

El porqué del marido —sea el capitán u otro cualquiera— tan sólo hace referencia, en nuestra modesta opinión, a que, por su educación y cultura —en la época en que se desarrolla la acción, y más tratándose de territorio musulmán— una mujer sola no cuenta nada; necesita un hombre, un marido. Por eso, su única intención es llegar a tierra de cristianos para vivir como tal; el casarse, el tener un hombre, es accidental por completo y no aporta nada a su exclusiva aspiración religiosa.

3. «La primera vez que el cristiano ve a la mora, cree tener ante sí 'una deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto y para mi remedio'. Cuando se despiden, 'ella, arrancándosele el alma al parecer, se fue con su padre' (I, 41).»

«Crear» sugiere un convencimiento y una certeza muy alejada del «parecer» utilizado por Cervantes, que conlleva plena subjetividad; estas son las palabras del cautivo:

Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, o a lo menos a mí me pareció serlo la más que hasta entonces había visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto y para mi remedio.

4. «Amor y religión (esta como envoltura de aquel) llevan a Zoraida tras su cautivo, con violencia no igualada por ningún otro episodio cervantino».

Tal como hemos señalado, la realidad es la contraria de la enunciada por Castro: el amor como envoltura de la religión, puesto que la doncella, en nuestra humilde opinión, desea esposo por las circunstancias sociales, nada de pasión hay en ella; más aún, en la elección del capitán, a quien distingue como caballero, prima el convencimiento de que se puede fiar de él, de que es veraz, frente a los moros («no te fíes de los moros, porque todos son marfuces», I, 40).

En cuanto a la violencia de que se habla, por la forma y lugar de expresarlo Castro, diríase que esa «violencia» se origina en la doncella, lo que es ajeno por completo a la verdad, pues la joven, en todo momento defiende la libertad y el buen trato de su padre, apoyada por el capitán cautivo:

Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí a su padre y a los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar a aquellos moros y de dar libertad a su padre, porque antes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo a un padre que tanto la había querido. El renegado me lo dijo y yo respondí que era muy contento, pero él respondió que no convenía, a causa que si allí los dejaban, apellidarían luego la tierra y alborotarían la ciudad, y serían causa que saliesen a buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podría hacer era darles libertad en llegando a la primera tierra de cristianos.

Recordemos que tal proyecto no se llevará a cabo porque las circunstancias los retienen cerca de tierras musulmanas y, a propuesta de Zoraida, el renegado accede a dejarlos en una playa solitaria. El daño que causa a su padre es moral —no, físico—, por causa de su sentimiento religioso, irrealizable en el hogar paterno.

5. «La bella argelina pudo marcharse sin otros incidentes, pero Cervantes hace intervenir al padre, arrebatado en la huida de los cristianos y abandonado luego por los fugitivos.»

Que el padre se despertase con el ruido del jardín no nos parece «traído por los cabellos»; antes al contrario; de hecho es la presencia del padre la que posibilita la realización de los episodios más interesantes y enriquecedores —no sería exagerado hablar de «ejemplares»— de la narración.

6. «Quizá no hay más trágico momento en el *Quijote*. El anciano clama, maldice, ruega, suplica, arrastrando su miseria por la playa solitaria: '¡Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono!' (I, 41) Pero se yerguen sus brazos contra lo ineluctable, su triste figura nos descubre abismos de lo humano, la lejana perspectiva de un destino inexorable. El pesimismo cervantino se refleja en este dolor irremediable, tan siniestro como el del mal aventurado niño azotado por Juan Haldudo, Labrador de Quintanar.»

Se trata de uno de los párrafos más desafortunados de Castro. Recurre, en primer lugar, a la denominación de «anciano», inexistente en el texto —se utiliza dos veces el término «viejo»— y acumula mezclando o mezcla acumulando verbos para confundir lo que corresponde a la hija y a los cristianos; soslaya que estos le salvan la vida, cuando intenta suicidarse, y le

devuelven la libertad prometida «por considerar falsa la promesa»<sup>22</sup>, gracias a su hija, a la que tanto maldice. Frente a los derechos que reconoce a tantas otras mujeres cervantinas, aquí se opone al más elemental de elegir el camino de la felicidad interior; antes la acusa de producir el más siniestro dolor; del que afirma: «quizá no hay más trágico momento en el *Quijote*». Vendrá bien recordar que, tras incontables maldiciones, el padre concluye prometiéndole el perdón a la hija; esta, en contraposición, proclama —sin que ya la oiga el padre— que, aunque no hubiera querido huir con estos cristianos, lo habría tenido que hacer porque su alma se lo exigía.

—Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono; entrega a esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas.

Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino:

—Plega a Alá, padre mío, que Lela Marién, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada a mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, según la prisa que me daba mi alma a poner por obra esta que a mí me parece tan buena como tú, padre amado, la juzgas por mala.

Es lamentable, digamos para concluir —si es que no produce bochorno y alipori—, que don Américo y sus seguidores, cegados por sostener un cristianismo hipócrita en Cervantes, defiendan el pleno derecho de las mujeres a desobedecer a sus padres para seguir los dictados de su corazón en busca de la felicidad... menos en este caso, en el que el elegido es un cristiano y la aspiración, vivir su cristianismo en libertad<sup>23</sup>. Para confirmar esto, recalquemos que, implícitamente, el comentario de Castro implica que, para ser buena hija y evitar el sufrimiento paterno —«quizá no hay más trágico momento en el *Quijote*»— la hermosa morisca no tiene más remedio que

<sup>22</sup> «—Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ¡oh cristianos!, mas el darme libertad, no me tengáis por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo y el interés que se os puede seguir de dármele; el cual interés, si le queréis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mía, o, si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma».

<sup>23</sup> Reiteramos nuestro convencimiento de que, en este episodio, lo importante es la decisión de vivir el cristianismo, por encima de la elección de esposo; pero, aun quedando en un segundo plano, lo cierto es que Zoraida propone matrimonio al caballero cautivo, y este la acepta, decisión-desobediencia que, según hemos visto, le parece muy mal a don Américo.

renunciar a su cristianismo y quedarse, con la religión de Mahoma, junto a su padre.

Indicábamos, al principio, que *El amante liberal* sólo aparentemente se centra en el amor apasionado de un joven a una doncella. ¿Por qué? Porque rechazamos que sea ingenua. De nuevo nos asalta la duda respecto a la verdadera comprensión de la discutida novelita, así como el convencimiento de que algo se nos escapa, pues, al fin y al cabo, fue el Manco de Lepanto quien afirmó:

Heles dado nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este su-  
jeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas  
juntas como de cada una de por sí.

Con su sabiduría y perspicacia, Marcel Bataillon escribe un magnífico artículo en el que señala la importancia del matrimonio cristiano en Cervantes; no obstante, por desgracia, afirma: «El matrimonio no es para Cervantes el tema central como lo fue para la autora del *Heptameron* (Bataillon, 1964, p. 254). No entraremos en discusión ahora; pero, centrándonos en las conclusiones de las novelitas que nos ocupan, comprobamos que:

1. En *El cautivo* se plantea el problema del matrimonio entre una morisca y un cristiano.
2. En *El amante liberal*, la acción se cierra con un doble matrimonio; pero, ¡cuidado!, no celebrado al mismo tiempo; pues se describe el de Ricardo y Leonisa, recalcando el cumplimiento de las normas tridentinas. Ahora bien,
3. El matrimonio de Mahamut y Halifa debe celebrarse con posterioridad, pues antes deben celebrarse las distintas condiciones exigidas a los renegados para acogerse de nuevo a la Iglesia<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Desconocemos si alguien ha estudiado por qué se atribuye origen italiano —con plena consciencia de que Sicilia pertenecía a la corona española— a los protagonistas —Leonisa, Ricardo y Mahamut—; pero su nacionalidad y otros detalles, como, por ejemplo el conocimiento de las instituciones españolas, nos hacen sospechar una redacción anterior. Algo similar sugieren, en cuanto ejemplares, cuestiones que, en línea con Zimic, describen aspectos corruptos de la sociedad: residencia, dinero, justicia y proyectos de los pretendientes de Leonisa. Este estudio exige una revisión profunda, para la que quedamos emplazados, de *El amante liberal*, que, en nuestra opinión, conserva secretos que debemos descubrir. Prácticamente acabado este trabajo, hemos leído «Para una nueva lectura de *El amante liberal*»; ciertas ideas coinciden parcialmente con nuestra lectura; sin embargo, imprecisiones y, en nuestra humilde opinión, desacertadas lecturas —como lo referente a ‘allí’—, dificultan alcanzar conclusiones excepcionalmente novedosas.

En un próximo congreso expondremos las conexiones entre *El amante liberal* y el episodio de «Marcela y Grisóstomo», primer paso para una explicación del porqué de la inserción, y posterior conservación, de novelitas en la Primera Parte del *Quijote*. Nos basamos en que el matrimonio cristiano, que tiene mucha mayor fuerza en la producción cervantina de lo que se considera generalmente, puede ser la clave implícita de que «todas juntas como de cada una de por sí» enseñan algo las *Novellas ejemplares*.

## BIBLIOGRAFÍA

- CERVANTES, Miguel de (1960), *Obras completas*, Madrid: Aguilar.  
— *Novelas ejemplares* (1992), (Avalle-Arce, ed., 3 vol.), Madrid: Castalia.
- ASENSIO, Eugenio (1976), *La España imaginada de Américo Castro*, Barcelona: El Albir.
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista (1975), *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona: Ariel.
- BATAILLON, Marcel (1964), «Cervantes y el matrimonio cristiano», en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid: Gredos, pp. 254 ss.
- CARDAILLAC, Denise y L., CARRIERE, Marie-Thérèse, SUBIRATS, Rosita (1980), «Para una nueva lectura de *El amante liberal*», *Criticón* n° 10, 13-29.
- CASTRO, Américo (2002), *Obra reunida* (Uno), Madrid: Trotta.
- CERVANTES, Miguel de (1991), *Edición IV Centenario de El Quijote*, Madrid: Alfredo Ortells, S.L. [incluye los comentarios de Clemencín].
- CASALDUERO, Joaquín (1969), *Sentido y forma de las novelas ejemplares*, Madrid: Gredos.
- DÍAZ MIGOYO, Gonzalo (1987), «La ficción cordial de *El amante liberal*», en *NRFH*, 35 (1987), 129-150.
- GÜNTERT, Georges (2007), «La ejemplaridad de las novelas cervantinas», en *Cervantes desintegrado*, Vigo: Academia del Hispanismo, pp. 219-228
- VILLANUEVA, Juan M. (2001), *El teatro teológico de Mira de Amescua*, Madrid: BAC.  
— (2012), «... Y Américo Castro no llevaba razón...» y otros estudios cervantinos, en *Estudios*, Madrid.
- ZIMIC, Stanislav (1964), «*El amante celestino* y los amores entremezclados en algunas obras cervantinas», en *BBMP*, XL (1964), 361-387.

